

TERCERA PARTE

I

LUISA

Morel, con los cabellos erizados de espanto, sostenía á su hija en los brazos, y la miraba con los ojos fijos, secos y abotargados.

— ¡Morel, Morel... dame la niña! — gritó la desgraciada madre tendiendo los brazos hacia su marido — no es cierto, no... no está muerta..., verás como vuelve en sí con mi calor...

Excitada la curiosidad de la idiota por la prisa con que los alguaciles se acercaron al lapidario, que no quería apartarse del cuerpo de su hija, cesó de ahullar, levantóse del lecho, se acercó lentamente á Morel, sacó la espantosa cabeza por encima del hombro de su yerno... y contempló por algunos momentos el cadáver de su nieta... Las facciones de la idiota conservaron su expresión habitual de atontamiento hurano y feroz; dió al cabo de un minuto un bostezo hueco y cavernoso como el de un animal hambriento, y volviéndose luego á su lecho se dejó caer en él gritando:

— ¡Hambre!! ¡hambre!!

— Aquí está, señores; ya lo veis, aquí está mi pobre hija, hija de mi alma, ¡mi Adela!... Aun ayer tarde la besé viva y hoy ya está muerta. Ya veo que me diréis que es una boca menos que mantener, y que es una fortuna para mí, ¿no es verdad? — dijo el artesano.

Su razón empezaba á oscurecerse á fuerza de golpes tan repetidos y crueles.

— ¡Morel, dame mi Adela; dame mi hija! — repitió Magdalena.

— Tienes razón; también tú debes disfrutar de este regalo... — repuso el lapidario; y puso el cadáver de la niña en los brazos de su madre.

Dió en seguida un prolongado gemido y se cubrió la cara con las manos.

— Magdalena, que estaba tan demente como su marido, metió el cuerpo de su hija entre la paja del jergón, sin apartar de él la vista y llena de un espan-

toso desasosiego, mientras que los demás niños lloraban arrodillados en medio del desván.

Los corchetes, á quienes había conmovido esta escena por un momento, volvieron á su acostumbrada insensibilidad.

— Vamos, buen amigo — dijo Malicornio al lapidario — ya vemos que vuestra hija se ha muerto y que es una desgracia: todos somos mortales, y nosotros no podemos remediarlo, ni vos tampoco... Es preciso que nos sigáis al momento, porque hoy se presenta buena caza y tenemos que pescar á un pájaro gordo...

Morel no oyó las palabras del criado de justicia.

Perdido en un laberinto de fúnebres ideas, se decía á sí mismo con voz trémula y acongojada:

— Y sin embargo es preciso enterrar á este angelito.. y velarla... aquí... hasta que vengan á llevarla... ¡Enterrarla!... ¿con qué, si no tenemos ni para comer? ¿Y quien me prestará para el ataúd? ¡Oh! un ataúd pequeñito... para una niña de cuatro años... debe costar muy caro... ¿Y el carro de muertos?... no, nada de carro... la cogeré debajo del brazo, y vamos andando... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! — añadió dando una espantosa carcajada — ¡qué dichoso soy!... si muriese á la edad de diez y ocho años, como mi Luisa, por ejemplo, no me prestarían, no, un ataúd grande...

— Oyes Malicornio ¿sabes que ese hombre es capaz de perder la cholla? — dijo Bordón á su compañero: — mira que ojos pone de loco... ¡Y la vieja que maúlla de hambre!... ¡Vaya unos parroquianos!...

— Pero hay que salir del paso... Aunque el arresto de ese mendigo está tasado en 76 francos 75 céntimos, estiraremos la suma de las costas, como es justo, á 240 ó 250 francos. Al fin quien paga es el acreedor...

— Di más bien quien adelanta el dinero de las costas; porque aunque pague por ahora, del cuero han de salir las correas...

— Cuando ese tío tenga con que pagar 2,500 francos por capital, intereses, gastos y todo, ya habrá llovido.

— Y no hará tanto frío como aquí, porque esto está que hiela la sangre... — dijo el corchete soplando los dedos. — Despachemos; á la calle con él, que ya lloriqueará por el camino... ¿Tenemos acaso la culpa de que la niña se haya ido al otro barrio?...

— La gente de este pelaje no debería hacer chiquillos.

— Verdad que sí — repuso Malicornio; y luego añadió dando una palmada en el hombro de Morel: — Camarada, que no podemos esperar más: ¡si no podéis pagar vamos á la cárcel.

— ¡A la cárcel el señor Morel — exclamó una voz delicada y juvenil; y al mismo instante entró con prontitud en la guardilla una joven morena,

fresca, encendida y sin más adorno en la cabeza que el peinado de su propio cabello.

— ¡ Ay, señorita Alegría! — dijo llorando uno de los niños — ¡ por Dios, señorita, no dejéis que lleven á mi padre! se murió Adelita...

— ¡ Murió Adela! — exclamó la joven, cuyos ojos grandes, negros y brillantes se arrasaron de lágrimas. — ¡ Hijos míos! ¡ á la cárcel vuestro padre! ¡ no puede ser!...

Y miró asombrada y sin moverse al lapidario, á su mujer y á los alguaciles. Bordón se acercó á Alegría.

— Oiga usted, prenda mía, á ver si con buenas palabras hace usted entrar en razón á ese hombre : es verdad que se ha muerto su hija, pero eso no podemos remediarlo, y es preciso que lo llevemos á Clichy... á la cárcel de deudores, porque somos alguaciles del comercio.

— ¡ Con que es verdad! — exclamó la joven.

— Y tan verdad, que más claro no lo canta un loro. La madre está distraída en la cama con la chiquilla... y el marido debe aprovechar esta ocasión para escabullirse.

— ¡ Dios mío! ¡ qué desgracia para esta pobre familia! — dijo Alegría — ¿ cómo saldrán de este grave contratiempo?

— No hay más remedio que pagar ó ir á la cárcel : ¿ tenéis dos ó tres billetes de á mil que prestarles? — preguntó Malicornio con socarronería : — si los tenéis rascad el bolsillo, que no pedimos más.

— ¡ Oh! ¡ eso es horrible! — dijo Alegría con indignación — ¡ chancearse viendo tal desgracia!

— Pues bien, hablando formalmente — dijo el otro corchete — ya que los estimáis, haced de manera que la mujer no vea salir á su marido, y así evitaréis un mal rato.

El consejo, aunque brutal, no era malo. Alegría se acercó á la cama de Magdalena y se arrodilló junto al jergón en medio de los niños; pero Magdalena estaba tan sumergida en su pesar que no la vió.

Morel volvió en sí, pero se entregó de nuevo á reflexiones más melancólicas, pues pudo entonces contemplar la horrible de su situación. Pensó que una vez tomada por el notario aquella extrema resolución debía estar inexorable, y que los alguaciles no dejarían de cumplir con su deber.

El lapidario se resignó.

— ¿ Nos vamos, ó qué hacemos? — le preguntó Bordón.

— No puedo dejar aquí esos diamantes, porque mi mujer está medio loca — dijo Morel señalando hacia las joyas que estaban sobre la mesa. — La corredora para quien trabajo debe venir á recogerlos esta mañana, ó en todo el día, yno puedo dejarlos abandonados, que son de mucho valor.

— ¡ Tate! — dijo para sí el Cojuelo que no se había separado de la puerta — ya se lo contaré á la Lechuza.

— Dejadme hasta mañana — dijo Morel — para que pueda entregar los diamantes á la corredora.

— ¡ Imposible! ¡ vamos, pronto!

— Es que no puedo exponerme á que se pierdan los diamantes si los dejo abandonados.

— Metedlos en el bolsillo; vamos pronto, que nos aguarda el coche á la puerta, y eso más tendréis de costas. Iremos por la casa de la corredora, y si no la encontráis entregaréis las piedras al alcaide de Clichy; estarán tan seguras en su poder como en el banco de Francia. ¡ Pronto, pronto! ahora que no os ven la mujer ni los hijos.

— ¡ Dejadme hasta mañana para enterrar á mi hija! — dijo Morel con voz suplicante.

— ¡ Os digo que no puede ser!... ¡ ya hemos perdido aquí una hora!

— ¡ El entierro os trastornaría la cabeza — añadió Malicornio.

— ¡ Oh! sí... — repuso Morel con amargura. — Ya que os compadecéis de mí, dejadme haceros una pregunta...

— ¡ Qué pregunta ni que diantres! ¡ vamos de aquí pronto! — repuso Malicornio con impaciencia brutal.

— ¿ Desde cuando tenéis orden de prenderme?

— La sentencia se ha dado hace cuatro meses, pero hasta ayer no ha recibido nuestro ujier la orden del notario para ponerla en ejecución.

— ¿ Hasta ayer?... ¿ y por qué aguardó hasta ayer?

— ¿ Qué me importa á mí?... ¡ Vamos pronto, liad el petate!

— ¡ Hasta ayer!... ¿ Cómo no habrá venido Luisa?... ¿ en donde está Luisa?

— dijo el lapidario metiendo las piedras en una cajita llena de algodón.

— ¡ Dios me dé paciencia! Vamos, ya sabré en la cárcel lo que ha sido de mi hija.

— Á ver como hacéis pronto vuestro lío y os vestís...

— No tengo más lío que hacer que llevar estos diamantes para entregarlos al alcaide.

— ¡ Vestíos de una vez!...

— No tengo más vestidos que éstos que llevo sobre mí.

— ¿ Y vais á salir con esos andrajos? — preguntó Bordón.

— Os dará vergüenza ¿ no es verdad? — repuso el lapidario.

— No, porque vamos metidos en el coche; que sino... — dijo Malicornio.

— Papá, mamá te llama — dijo uno de los niños.

— Escuchad — dijo con rapidez Morel á uno de los corchetes : no seáis inhumano... concededme un solo favor. No tengo valor para despedirme de mí

mujer y de mis hijos... porque se me partiría el corazón... Si ven que me lleváis, se echarán á mí los pobrecillos... y quisiera evitar este último trance. Os ruego que me digáis en voz alta que vendréis dentro de tres ó cuatro horas y que finjáis marcharos... me aguardaréis en el descanso de la escalera, y me ahorraréis así la amargura de despedirme... os prometo que estaré con vosotros dentro de cinco minutos...

— Ya entiendo... querriais dejarnos de plantón ¡eh!... — dijo Malicornio. — ¡Buen lagarto sois! en un abrir y cerrar de ojos os iriais por una rendija.

— ¡Válgame el poder de Dios! exclamó Morel en el colmo de la indignación.

— Creo que no nos engaña — dijo Bordón á su compañero; — hagamos lo que dice, porque si no llevamos trazas de no salir de aquí en todo el día : además, yo me pondré junto á la puerta, y como la guardilla no tiene otra salida, no podrá escaparse.

— ¡Mala sarna te mate, viejo chocho!... ¡á ti y á tu pocilga!... ¡Qué peste, santo Dios! — repuso Malicornio; y dirigiéndose á Morel continuó : — Esperaremos en el cuarto piso... pero que bajéis pronto...

— Gracias — dijo Morel.

— ¡Convenido! dijo Bordón en voz alta mirando al artesano con aire de inteligencia; — ya que ofrecéis pagar, os dejamos, y volveremos dentro de cinco ó seis días; ¡pero á cumplir lo prometido!

— No faltaré; para entonces espero que podré pagar — repuso Morel.

Los alguaciles salieron del desván.

El Cojuelo, temiendo que lo sorprendiesen, había desaparecido antes que los corchetes saliesen de la guardilla.

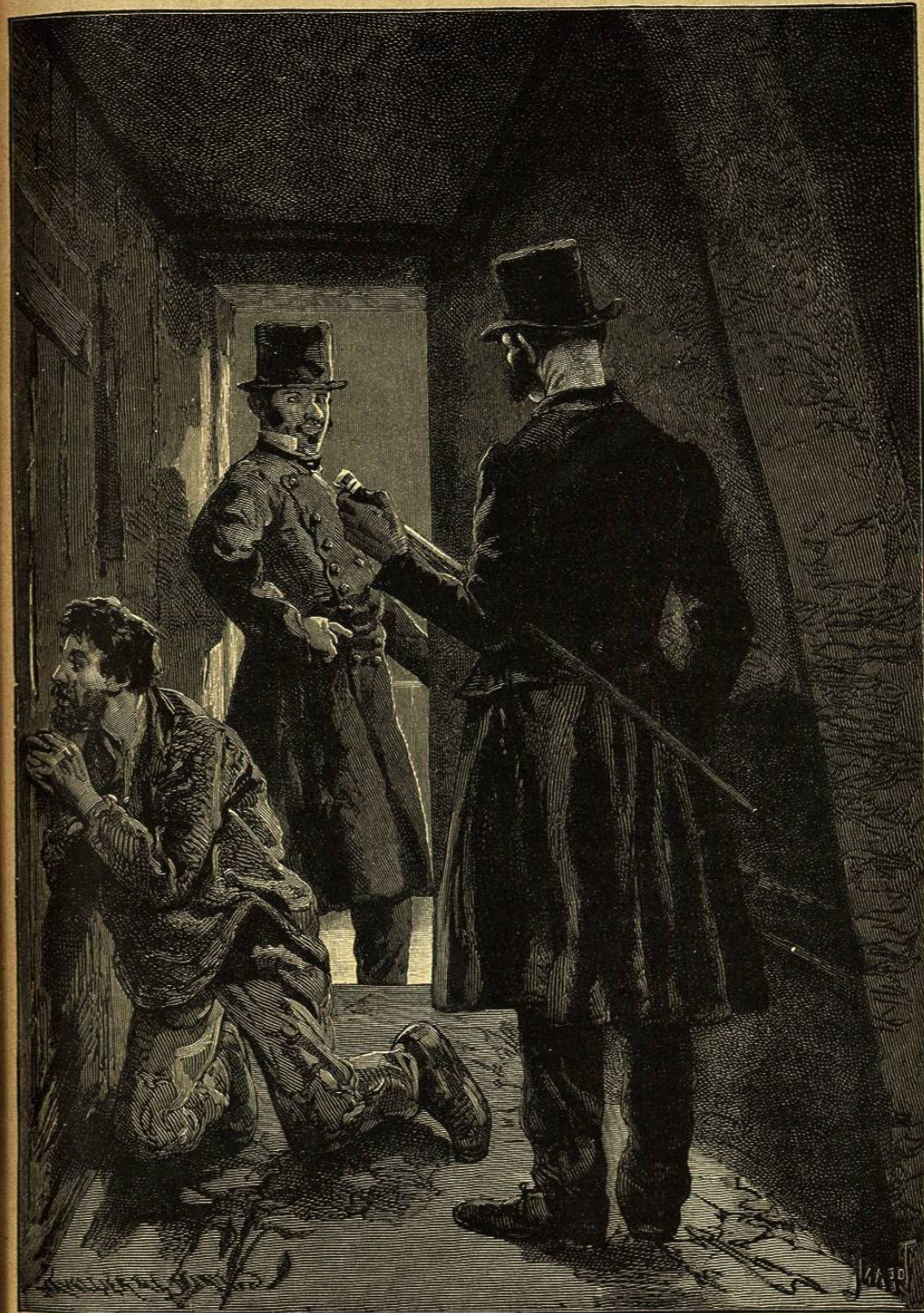
— ¿No habéis oído, señora Magdalena? — dijo Alegría dirigiéndose á la mujer del lapidario para distraerla de su lúgubre contemplación : — esos dos hombres se han marchado y dejan en libertad á vuestro marido.

— ¿No oyes, mamá? ya no prenden á mi padre : — dijo el mayor de los niños.

— ¡Morel! mira, escucha... Coge uno de esos diamantes gordos, que nadie lo sabrá, y salimos de este apuro — dijo Magdalena. — Con eso tomará calor Adelita, y no estará muerta tanto tiempo...

El lapidario salió con precaución aprovechando un momento en que nadie le miraba.

El alguacil lo esperaba del lado de afuera en una especie de descanso, que estaba también á teja vana. Hacia este descanso daba la puerta del desván que corría á lo largo de la habitación de Morel, y en el cual guardaba Mr. Pipelet sus provisiones de cuero. Hemos dicho también que el digno portero llamaba á este agujero su *palco de melodrama*, porque por un agujero hecho en el tabique, observaba con frecuencia las tristes escenas de la guardilla de Morel.



Y poniéndose de hinojos...

Vió el alguacil aquella puerta, y creyó por un momento que el lapidario podría huir por ella.

— ¡Vamos, adelante, mala ralea! — le dijo poniendo el pie en el primer paso de la escalera, y le hizo una seña para que lo siguiese.

— ¡Un momento, por favor... un momento! dijo Morel.

Y poniéndose de hinojos en el descanso, dió la última mirada á su familia por una rendija de la puerta, levantó las manos, y con trémula voz que revelaba su amarga aflicción dijo :

— ¡Adiós, hijos de mi alma!... ¡adiós mujer desdichada!... Adiós!...

— ¡Vamos! ¿acabareis de una vez? Basta de mojigangas — dijo brutalmente Bordón. — Tiene razon Malicornio : ¡qué pocilga! ¡qué inmundicia.

Levantóse Morel y se disponía á seguir al alguacil, cuando resonaron en la escalera estas palabras :

— ¡Mi padre! ¡mi padre!

— ¡Luisa! — exclamó el lapidario levantando las manos al cielo. — ¡Alabado sea Dios! siquiera podré abrazarla antes de marchar...

— ¡Gracias á Dios, que llevo á tiempo! — dijo la voz acercándose más y más.

Y se oyó que la joven subía precipitadamente la escalera.

— No tengáis cuidado, prenda mía — dijo otra voz áspera y temblona que salía de una región inferior ; — yo me pondré si es menester en el pasillo con mi viejo querido y el palo de la escoba, y no saldrán de aquí esos matachines sin que les hayáis hablado.

Ya se habrá adivinado que esta voz era la de madama Pipelet, la cual menos ágil que Luisa, la seguía lentamente. Algunos momentos después la hija del lapidario estaba en los brazos de su padre.

— ¡Conque eres tú, Luisa! ¡eres tú, hija de mi corazón! — dijo Morel llorando. — ¡Pero que descolorida estás! ¡Dios mío! ¿qué tienes?

— Nada... no tengo nada... — respondió Luisa con voz balbuciente. — ¡He corrido tanto, que!... Aquí está el dinero.

— Qué dices!... ¡cómo!...

— ¡Estáis libre, padre!...

— ¿Luego sabíais...?

— Sí, todo ; Tomad, señor, ahí tenéis el dinero — dijo la joven dando un paquetito de monedas de oro á Malicornio.

— ¡Pero ese dinero, Luisa!... ¡ese dinero!

— Ya lo sabréis... sosegaos... Voy á consolar á mi madre.

— ¡No, aguarda! — gritó Morel poniéndose delante de la puerta, pues se acordó de que Luisa no sabía aun la muerte de su hermana. — Aguarda que tengo que preguntarte... Dime ¿quién te ha dado ese dinero?